

PIC-NIC

## PERSONAJES

ZAPO, *soldado*

ZEPO, *soldado*

SEÑOR TEPÁN, *padre de Zapo*

SEÑORA TEPÁN, *madre de Zapo*

DOS CAMILLEROS

*La batalla hace furor. Se oyen tiros, bombazos, ráfagas de ametralladora. ZAPO, solo en escena, está acurrucado entre los sacos. Tiene mucho miedo. Cesa el combate. Silencio, ZAPO saca de una cesta de tela una madeja de lana y unas agujas. Se pone a hacer un jersey que ya tiene bastante avanzado. Suena el timbre del teléfono de campaña que ZAPO tiene a su lado.*

ZAPO.—Diga... Diga... A sus órdenes mi capitán... En efecto, soy el centinela de la cota 47... Sin novedad, mi capitán... Perdone, mi capitán, ¿cuándo empieza otra vez la batalla?... Y las bombas, ¿cuándo las tiro?... ¿Pero, por fin, hacia dónde las tiro, hacia atrás o hacia adelante?... No se ponga usted así conmigo. No lo digo para molestarle... Capitán, me encuentro muy solo. ¿No podría enviarme un compañero?... Aunque sea la cabra... (*El capitán le riñe.*) A sus órdenes... A sus órdenes, mi capitán. (ZAPO cuelga el teléfono. Refunfuña.)

*Silencio. Entra en escena el matrimonio TEPÁN con cestas, como si viniera a pasar un día en el campo. Se dirigen a su hijo, ZAPO, que, de espaldas y escondido entre los sacos, no ve lo que pasa.*

SR. TEPÁN.—(*Ceremoniosamente.*) Hijo, levántate y besa en la frente a tu madre. (ZAPO, aliviado y sorprendido, se levanta y besa en la frente a su madre con mucho respeto. Quiere hablar. Su padre lo interrumpe.) Y ahora, bésame a mí. (*Lo besa en la frente.*)

ZAPO.—Pero papaitos, ¿cómo os habéis atrevido a venir aquí con lo peligroso que es? Iros inmediatamente.

SR. TEPÁN.—¿Acaso quieres dar a tu padre una lección de guerras y peligros? Esto para mí es un pasatiempo. Cuántas veces, sin ir más lejos, me he bajado del Metro en marcha.

SRA. TEPÁN.—Hemos pensado que te aburrirías, por eso te hemos venido a ver. Tanta guerra te tiene que aburrir.

ZAPO.—Eso depende.

SR. TEPÁN.—Muy bien sé yo lo que pasa. Al principio la cosa de la novedad gusta. Eso de matar y de tirar bombas y de llevar casco que hace tan elegante, resulta agradable, pero terminará por fastidiarte. En mi tiempo hubiera pasado otra cosa. Las guerras eran mucho más variadas, tenían color. Y, sobre todo, había caballos, muchos caballos. Daba gusto: que el capitán decía: «al ataque», ya estábamos allí todos con el caballo y el traje de color rojo. Eso era bonito. Y luego, unas galopadas con la espada en la mano y ya estábamos frente al enemigo, que también estaba a la altura de las circunstancias, con sus caballos —los caballos nunca faltaban, muchos caballos y muy gorditos— y sus botas de charol y sus trajes verdes.

SRA. TEPÁN.—No, no eran verdes los trajes del enemigo, eran azules. Lo recuerdo muy bien, eran azules.

SR. TEPÁN.—Te digo que eran verdes.

SRA. TEPÁN.—No, te repito que eran azules. Cuántas veces, de niñas, nos asomábamos al balcón para ver batallas y yo le decía al vecinito: «Te apuesto una chocolatina a que ganan los azules». Y los azules eran nuestros enemigos.

SR. TEPÁN.—Bueno, para ti la perra gorda.

SRA. TEPÁN.—Yo siempre he sido muy aficionada a las batallas. Cuando niña, siempre decía que sería, de mayor, coronel de caballería. Mi mamá se opuso, ya conoces sus ideas anticuadas.

SR. TEPÁN.—Tu madre siempre tan burra.

ZAPO.—Perdonadme. Os tenéis que marchar. Está prohibido venir a la guerra si no se es soldado.

SR. TEPÁN.—A mí me importa un pito. Nosotros no venimos al frente para hacer la guerra. Solo queremos pasar un día de campo contigo, aprovechando que es domingo.

SRA. TEPÁN.—Precisamente he preparado una comida muy buena. He hecho una tortilla de patatas que tanto te gusta, unos bocadillos de jamón, vino tinto, ensalada y pasteles.

ZAPO.—Bueno, lo que queráis, pero si viene el capitán, yo diré que no sabía nada. Menudo se va a poner. Con lo que le molesta a él eso de que haya visitas en la guerra. Él nos repite siempre: «En la guerra, disciplina y bombas, pero nada de visitas».

SR. TEPÁN.—No te preocupes, ya le diré yo un par de cosas a ese capitán.

ZAPO.—¿Y si comienza otra vez la batalla?

SR. TEPÁN.—¿Te piensas que me voy a asustar? En peores me he visto. Y si aún fuera como antes, cuando había batallas con caballos gordos. Los tiempos han cambiado ¿comprendes? (*Pausa.*) Hemos venido en motocicleta. Nadie nos ha dicho nada.

ZAPO.—Supondrían que erais los árbitros.

SR. TEPÁN.—Lo malo fue que, como había tantos tanques y *jeeps*, resultaba muy difícil avanzar.

SRA. TEPÁN.—Y luego, al final, acuérdate aquel cañón que hizo un atasco.

SR. TEPÁN.—De las guerras, es bien sabido, se puede esperar todo.

SRA. TEPÁN.—Bueno, vamos a comer.

SR. TEPÁN.—Sí, vamos, que tengo un apetito enorme. A mí, este tufillo de pólvora, me abre el apetito.

SRA. TEPÁN.—Comeremos aquí mismo, sentados sobre la manta.

ZAPO.—¿Como con el fusil?

SR. TEPÁN.—Nada de fusiles. Es de mala educación sentarse a la mesa con fusil. (*Pausa.*) Pero qué sucio estás, hijo mío... ¿Cómo te has puesto así? Enséñame las manos.

ZAPO.—(*Avergonzado se las muestra.*) Me he tenido que arrastrar por el suelo con eso de las maniobras.

SRA. TEPÁN.—Y las orejas ¿qué?

ZAPO.—Me las he lavado esta mañana.

SRA. TEPÁN.—Bueno, pueden pasar. ¿Y los dientes? (*Enseña los dientes.*) Muy bien. ¿Quién le va a dar a su niño un besito por haberse lavado los dientes? (*A su marido.*) Dale un beso a tu hijo que se ha lavado bien los dientes. (*El SR. TEPÁN besa a su hijo.*) Porque lo que no se te puede consentir es que con el cuento de la guerra te dejes de lavar.

ZAPO.—Sí, mamá. (*Se ponen a comer.*)

SR. TEPÁN.—Qué hijo mío, ¿has matado muchos?

ZAPO.—¿Cuándo?

SR. TEPÁN.—Pues estos días.

ZAPO.—¿Dónde?

SR. TEPÁN.—Pues en esto de la guerra.

ZAPO.—No mucho. He matado poco. Casi nada.

SR. TEPÁN.—¿Qué es lo que has matado más, caballos enemigos o soldados?

ZAPO.—No, caballos no. No hay caballos.

SR. TEPÁN.—¿Y soldados?

ZAPO.—A lo mejor.

SR. TEPÁN.—¿A lo mejor? ¿Es que no estás seguro?

ZAPO.—Sí, es que disparo sin mirar. (*Pausa*). De todas formas, disparo muy poco. Y cada vez que disparo, rezo un Padrenuestro por el tío que he matado.

SR. TEPÁN.—Tienes que tener más valor. Como tu padre.

SRA. TEPÁN.—Voy a poner un disco en el gramófono.

*Pone un disco. Los tres, sentados en el suelo, escuchan.*

SR. TEPÁN.—Esto es música, sí señor.

*Continúa la música. Entra un soldado enemigo: ZEPO. Viste como ZAPO. Solo cambia el color del traje. ZEPO va de verde y ZAPO de gris. ZEPO, extasiado, oye la música a espaldas de la familia TEPÁN. Termina el disco. Al ponerse de pie, ZAPO descubre a ZEPO. Ambos se ponen manos arriba llenos de terror. Los esposos TEPÁN los contemplan extrañados.*

¿Qué pasa?

*ZAPO reacciona. Duda. Por fin, muy decidido, apunta con el fusil a ZEPO.*

ZAPO.—¡Manos arriba!

*ZEPO levanta aún más las manos, todavía más amedrentado. ZAPO no sabe qué hacer. De pronto va hacia ZEPO y le golpea suavemente en el hombro mientras le dice:*

¡Pan y tomate para que no te escapes!

SR. TEPÁN.—Bueno, ¿y ahora qué?

ZAPO.—Pues ya ves, a lo mejor, en premio, me hacen cabo.

SR. TEPÁN.—Átale, no sea que se escape.

ZAPO.—¿Por qué atarle?

SRA. TEPÁN.—Pero, ¿es que aún no sabes que a los prisioneros hay que atarles inmediatamente?

ZAPO.—¿Cómo le ato?

SR. TEPÁN.—Átale las manos.

SRA. TEPÁN.—Sí. Eso sobre todo. Hay que atarle las manos. Siempre he visto que se hace así.

ZAPO.—Bueno. (*Al prisionero.*) Haga el favor de poner las manos juntas, que le voy a atar.

ZEPO.—No me haga mucho daño.

ZAPO.—No.

ZEPO.—Ay, qué daño me hace...

SR. TEPÁN.—Hijo, no seas burro. No maltrates al prisionero.

SRA. TEPÁN.—¿Eso es lo que yo te he enseñado? ¿Cuántas veces te he repetido que hay que ser bueno con todo el mundo?

ZAPO.—Lo había hecho sin mala intención. (*A ZEPO.*) ¿Y así, le hace daño?

ZEPO.—No. Así no.

SR. TEPÁN.—Diga usted la verdad. Con toda confianza. No se avergüence porque estemos delante. Si le molestan, díganoslo y se las ponemos más suavemente.

ZEPO.—Así está bien.

SR. TEPÁN.—Hijo, átales también los pies para que no se escape.

ZAPO.—¿También los pies? Qué de cosas...

SR. TEPÁN.—Pero, ¿es que no te han enseñado las ordenanzas?

ZAPO.—Sí.

SR. TEPÁN.—Bueno, pues todo eso se dice en las ordenanzas.

ZAPO.—(*Con buenas maneras.*) Por favor, tenga la bondad de sentarse en el suelo que le voy a atar los pies.

ZEPO.—Pero no me haga daño como la primera vez.

SR. TEPÁN.—Ahora te vas a ganar que te tome tirria.

ZAPO.—No me tomará tirria. ¿Le hago daño?

ZEPO.—No. Ahora está perfecto.

ZAPO.—(*Iluminado por una idea.*) Papá, hazme una foto con el prisionero en el suelo y yo con un pie sobre su tripa. ¿Te parece?

SR. TEPÁN.—¡Ah, sí! ¡Qué bien va a quedar!

ZEPO.—No. Eso no.

SRA. TEPÁN.—Pero total, una foto de nada no tiene importancia para usted, y nosotros podríamos colocarla en el comedor junto al diploma de salvador de náufragos que ganó mi marido hace trece años...

ZEPO.—No crean que me van a convencer.

ZAPO.—Pero, ¿por qué no quiere?

ZEPO.—Es que tengo una novia, y si luego ella ve la foto va a pensar que no sé hacer la guerra.

ZAPO.—No. Dice usted que no es usted; que lo que hay debajo es una pantera.

SRA. TEPÁN.—Anda, diga usted que sí.

ZEPO.—Bueno. Pero solo para hacerles un favor.

ZAPO.—Póngase completamente tumbado.

*ZEPO se tiende sobre el suelo. ZAPO coloca un pie sobre su tripa y, con aire muy fiero, agarra el fusil.*

SRA. TEPÁN.—Saca más el pecho.

ZAPO.—¿Así?

SRA. TEPÁN.—Sí. Eso. Así. Sin respirar.

SR. TEPÁN.—Pon más cara de héroe.

ZAPO.—¿Cómo es la cara de héroe?

SR. TEPÁN.—Es bien sencillo: pon la misma cara que ponía el carnícoro cuando contaba sus conquistas amorosas.

ZAPO.—¿Así?

SR. TEPÁN.—Sí, así.

SRA. TEPÁN.—Sobre todo, hincha bien el pecho y no respire.

ZEPO.—Pero, ¿van a terminar de una vez?

SRA. TEPÁN.—Tenga un poco de paciencia. A la una, a las dos y... a las tres.

ZAPO.—Tengo que haber salido muy bien.

SRA. TEPÁN.—Sí, tenías el aire muy marcial.

SR. TEPÁN.—Sí, has quedado muy bien.

SRA. TEPÁN.—A mí también me han entrado ganas de hacerme una contigo.

SR. TEPÁN.—Sí, una nuestra quedará también muy bien.

ZAPO.—Bueno, si queréis yo os la hago.

SRA. TEPÁN.—¿Me dejarás el casco para hacer más militar?

ZEPO.—No quiero más fotos. Con una ya hay de sobra.

ZAPO.—No se ponga usted así. ¿A usted qué más le da?

ZEPO.—Nada, no consiento que me hagan más fotos. Es mi última palabra.

SR. TEPÁN.—(A su mujer.) No insistáis más. Los prisioneros suelen ser muy susceptibles. Si continuamos así, se disgustará y nos ahogará la fiesta.

ZAPO.—Bueno, ¿y qué hacemos ahora con el prisionero?

SRA. TEPÁN.—Lo podemos invitar a comer. ¿Te parece?

SR. TEPÁN.—Por mí no hay inconveniente.

ZAPO.—(A ZEPO.) ¿Qué? ¿Quiere comer con nosotros?

ZEPO.—Pues...



SR. TEPÁN.—Hemos traído un buen tintorro.

ZEPO.—Si es así, bueno.

SR. TEPÁN.—Usted haga como si estuviera en su casa. Pídanos lo que quiera.

ZEPO.—Bueno.

SR. TEPÁN.—¿Qué? ¿Y usted, ha matado a muchos?

ZEPO.—¿Cuándo?

SR. TEPÁN.—Pues estos días.

ZEPO.—¿Dónde?

SR. TEPÁN.—Pues en esto de la guerra.

ZEPO.—No mucho. He matado poco. Casi nada.

SR. TEPÁN.—¿Qué es lo que ha matado más, caballos enemigos o soldados?

ZEPO.—No, caballos no. No hay caballos.

SR. TEPÁN.—¿Y soldados?

ZEPO.—A lo mejor.

SR. TEPÁN.—¿A lo mejor? ¿Es que no está seguro?

ZEPO.—Sí, es que disparo sin mirar. (*Pausa.*) De todas formas, disparo muy poco. Y cada vez que disparo, rezo un Avemaría por el tío que he matado.

SR. TEPÁN.—¿Un Avemaría? Yo creí que rezaría un Padrenuestro.

ZEPO.—No. Siempre un Avemaría. (*Pausa.*) Es más corto.

SR. TEPÁN.—Ánimo, hombre. Hay que tener más valor.

SRA. TEPÁN.—(*A ZEPO.*) Si quiere usted, le soltamos las ligaduras.

ZEPO.—No, déjelo, no tiene importancia.

SR. TEPÁN.—No vaya usted ahora a andar con vergüenza con nosotros. Si quiere que le soltemos las ligaduras, díganoslo.

SRA. TEPÁN.—Usted póngase lo más cómodo que pueda.

ZEPO.—Bueno, si se ponen así, suélteme las ligaduras. Pero solo se lo digo por darles gusto.

SR. TEPÁN.—Hijo, quítaselas. (*Zapo le quita las ligaduras de los pies.*)

SRA. TEPÁN.—¿Qué, se encuentra usted mejor?

ZEPO.—Sí, sin duda. A lo mejor los estoy molestando mucho.

SR. TEPÁN.—Nada de molestarnos. Usted, considérese como en su casa. Y si quiere que le soltemos las manos, no tiene nada más que decírmelo.

ZEPO.—No. Las manos no. Es pedir demasiado.

SR. TEPÁN.—Que no, hombre, que no. Ya le digo que no nos molesta en absoluto.

ZEPO.—Bueno... entonces, desátanme las manos. Pero solo para comer, ¿eh?, que no quiero yo que me digan luego que me ofrecen el dedo y me tomo la mano entera.

SR. TEPÁN.—Niño, quítale las ligaduras de las manos.

SRA. TEPÁN.—Qué bien, con lo simpático que es el señor prisionero, vamos a pasar un buen día de campo.

ZEPO.—No tiene usted que decirme «señor prisionero», diga «prisionero» a secas.

SRA. TEPÁN.—¿No le va a molestar?

ZEPO.—No, en absoluto.

SR. TEPÁN.—Desde luego hay que reconocer que es usted modesto.

*Ruido de aviones.*

ZAPO.—Aviones. Seguramente van a bombardearnos.

*ZAPO y ZEPO se esconden, a toda prisa, entre los sacos terreros.*

*Se impone poco a poco el ruido de los aviones. Inmediatamente empiezan a caer bombas. Explotan cerca, pero ninguna cae en el escenario. Gran estruendo. ZAPO y ZEPO están acurrucados entre los sacos. El SR. TEPÁN habla tranquilamente con su esposa. Ella le responde en un tono también muy tranquilo. No se oye su diálogo a causa del bombardeo. La SRA. TEPÁN se dirige a una de las cestas y saca un paraguas. Lo abre. Los TEPÁN se cubren con el paraguas como si estuviera lloviendo. Están de pie. Parecen mecerse con una cadencia tranquila apoyándose alternativamente en uno y otro pie mientras hablan de sus cosas. Continúa el bombardeo. Los aviones se van alejando. Silencio. El SR. TEPÁN extiende un brazo y lo saca del paraguas para asegurarse de que ya no cae nada del cielo.*

SR. TEPÁN.—(A su mujer.) Puedes cerrar ya el paraguas.

*La SRA. TEPÁN lo hace. Ambos se acercan a su hijo y le dan unos golpecitos en el culo con el paraguas.*

Ya podéis salir. El bombardeo ha terminado.

*ZAPO y ZEPO salen de su escondite.*

ZAPO.—¿No os ha pasado nada?

SR. TEPÁN.—¿Qué querías que le pasara a tu padre? (*Con orgullo.*)  
Bombitas a mí...

*Entra, por la izquierda, una pareja de soldados de la Cruz Roja.  
Llevan una camilla.*

PRIMER CAMILLERO.—¿Hay muertos?

ZAPO.—No. Aquí no.

PRIMER CAMILLERO.—¿Está seguro de haber mirado bien?

ZAPO.—Seguro.

PRIMER CAMILLERO.—¿Y no hay ni un solo muerto?

ZAPO.—Ya le digo que no.

PRIMER CAMILLERO.—¿Ni siquiera un herido?

ZAPO.—No.

CAMILLERO SEGUNDO.—¡Pues estamos apañados! (*A ZAPO, con un tono persuasivo.*) Mire bien por todas partes a ver si encuentra un fiambre.

PRIMER CAMILLERO.—No insistas. Ya te han dicho que no hay.

CAMILLERO SEGUNDO.—¡Vaya jugada!

ZAPO.—Lo siento muchísimo. Les aseguro que no lo he hecho aposta.

PRIMER CAMILLERO.—Venga, hombre, no molestes al caballero.

SR. TEPÁN.—(*Servicial.*) Si podemos ayudarle lo haremos con gusto. Estamos a sus órdenes.

CAMILLERO SEGUNDO.—Bueno, pues si seguimos así ya verás lo que nos va a decir el capitán.

SR. TEPÁN.—¿Pero qué pasa?

PRIMER CAMILLERO.—Sencillamente, que los demás tienen ya las muñecas rotas a fuerza de transportar cadáveres y heridos y nosotros todavía sin encontrar nada. Y no será porque no hemos buscado...

SR. TEPÁN.—Desde luego que es un problema. (*A ZAPO.*) ¿Estás seguro de que no hay ningún muerto?

ZAPO.—Pues claro que estoy seguro, papá.

SR. TEPÁN.—¿Has mirado bien debajo de los sacos?

ZAPO.—Sí, papá.

SR. TEPÁN.—(*Muy disgustado.*) Lo que te pasa a ti es que no quieres ayudar a estos señores. Con lo agradables que son. ¿No te da vergüenza?

PRIMER CAMILLERO.—No se ponga usted así, hombre. Déjelo tranquilo. Esperemos tener más suerte y que en otra trinchera hayan muerto todos.

SR. TEPÁN.—No sabe cómo me gustaría.

SRA. TEPÁN.—A mí también me encantaría. No puede imaginar cómo aprecio a la gente que ama su trabajo.

SR. TEPÁN.—(*Indignado, a todos.*) Entonces, ¿qué? ¿Hacemos algo o no por estos señores?

ZAPO.—Si de mí dependiera, ya estaría hecho.

ZEPO.—Lo mismo digo.

SR. TEPÁN.—Pero, vamos a ver, ¿ninguno de los dos está ni siquiera herido?

ZAPO.—(*Avergonzado.*) No, yo no.

SR. TEPÁN.—(*A ZEPO.*) ¿Y usted?

ZEPO.—(*Avergonzado.*) Yo tampoco. Nunca he tenido suerte...

SRA. TEPÁN.—(*Contenta.*) ¡Ahora que me acuerdo! Esta mañana al pelar las cebollas me di un corte en el dedo. ¿Qué les parece?

SR. TEPÁN.—¡Perfecto! (*Entusiasmado.*) En seguida te llevan.

PRIMER CAMILLERO.—No. Las señoras no cuentan.

SR. TEPÁN.—Pues estamos en lo mismo.

PRIMER CAMILLERO.—No importa.

CAMILLERO SEGUNDO.—A ver si nos desquitamos en las otras trincheras.

*Empiezan a salir.*

SR. TEPÁN.—No se preocupen ustedes, si encontramos un muerto, se lo guardamos. Estén ustedes tranquilos que no se lo daremos a otros.

CAMILLERO SEGUNDO.—Muchas gracias, caballero.

SR. TEPÁN.—De nada, amigo. Pues no faltaba más...

*Los camilleros les dicen adiós al despedirse y los cuatro responden. Salen los camilleros.*

SRA. TEPÁN.—Esto es lo agradable de salir los domingos al campo. Siempre se encuentra gente simpática. (*Pausa.*) Y usted, ¿por qué es enemigo?

ZEPO.—No sé de estas cosas. Yo tengo muy poca cultura.

SRA. TEPÁN.—¿Es de nacimiento, o se hizo usted enemigo más tarde?

ZEPO.—No sé. Ya le digo que no sé.

SR. TEPÁN.—Entonces, ¿cómo ha venido a la guerra?

ZEPO.—Yo estaba un día en mi casa arreglando una plancha eléctrica de mi madre cuando vino un señor y me dijo: «¿Es usted Zepo?» «Sí.» «Pues me han dicho que tienes que ir a la guerra.» Y yo entonces le pregunté: «Pero, ¿a qué guerra?». Y él me dijo: «Qué bruto eres, ¿es que no lees los periódicos?». Yo le dije que sí, pero que no lo de las guerras...

ZAPO.—Igualito, igualito me pasó a mí.

SR. TEPÁN.—Sí, igualmente te vinieron a ti a buscar.

SRA. TEPÁN.—No, no era igual, aquel día tú no estabas arreglando una plancha eléctrica, sino una avería del coche.

SR. TEPÁN.—Digo en lo otro. (A ZEPO.) Continúe. ¿Y qué pasó luego?

ZEPO.—Le dije que además tenía novia y que si no iba conmigo al cine los domingos lo iba a pasar muy aburrido. Me respondió que eso de la novia no tenía importancia.

ZAPO.—Igualito, igualito que a mí.

ZEPO.—Luego bajó mi padre y dijo que yo no podía ir a la guerra porque no tenía caballo.

ZAPO.—Igualito dijo mi padre.

ZEPO.—Pero el señor dijo que no hacía falta caballo y yo le pregunté si podía llevar a mi novia, y me dijo que no. Entonces le pregunté si podía llevar a mi tía para que me hiciera natillas los jueves, que me gustan mucho.

SRA. TEPÁN.—(Dándose cuenta de que ha olvidado algo.) ¡Ay, las natillas!

ZEPO.—Y me volvió a decir que no.

ZAPO.—Igualito me pasó a mí.

ZEPO.—Y, desde entonces, casi siempre estoy solo en esta trinchera.

SRA. TEPÁN.—Yo creo que ya que el señor prisionero y tú os encontráis tan cerca y tan aburridos, podríais reuniros todas las tardes para jugar juntos.

ZAPO.—Ay, no mamá. Es un enemigo.

SR. TEPÁN.—Nada, hombre, no tengas miedo.

ZAPO.—Es que si supieras lo que el general nos ha contado de los enemigos.

SRA. TEPÁN.—¿Qué ha dicho el general?

ZAPO.—Pues nos ha dicho que los enemigos son muy malos, muy malos muy malos. Dice que cuando cogen prisioneros les ponen chinitas en los zapatos para que cuando anden se hagan daño.

SRA. TEPÁN.—¡Qué barbaridad! ¡Qué malísimos son!

SR. TEPÁN.—(A ZEPO, *indignado.*) ¿Y no le da a usted vergüenza pertenecer a ese ejército de criminales?

ZEPO.—Yo no he hecho nada. Yo no me meto con nadie.

SRA. TEPÁN.—Hemos hecho mal en desatarlo; a lo mejor, si nos descuidamos, nos mete unas chinitas en los zapatos.

ZEPO.—No se pongan conmigo así.

SR. TEPÁN.—¿Y cómo quiere que nos pongamos? Esto me indigna. Ya sé lo que voy a hacer: voy a ir al capitán y le voy a pedir que me deje entrar en la guerra.

ZAPO.—No te van a dejar. Eres demasiado viejo.

SR. TEPÁN.—Pues entonces me compraré un caballo y una espada y vendré a hacer la guerra por mi cuenta.

SRA. TEPÁN.—Muy bien. De ser hombre, yo haría lo mismo.

ZEPO.—Señora, no se ponga así conmigo. Además le diré que a nosotros nuestro general nos ha dicho lo mismo de ustedes.

SRA. TEPÁN.—¿Cómo se ha atrevido a mentir de esa forma?

ZAPO.—Pero, ¿todo igual?

ZEPO.—Exactamente igual.

SR. TEPÁN.—¿No sería el mismo el que os habló a los dos?

SRA. TEPÁN.—Pero si es el mismo, por lo menos podría cambiar el discurso. También tiene poca gracia eso de que a todo el mundo le diga las mismas cosas.

SR. TEPÁN.—(A ZEPO, *cambiando de tono.*) ¿Quiere otro vasito?

SRA. TEPÁN.—Espero que nuestro almuerzo le haya gustado...

SR. TEPÁN.—Por lo menos ha estado mejor que el del domingo pasado.

ZEPO.—¿Qué les pasó?

SR. TEPÁN.—Pues que salimos al campo, colocamos la comida encima de la manta y en cuanto nos dimos la vuelta, llegó una vaca y se comió toda la merienda. Hasta las servilletas.

ZEPO.—¡Vaya una vaca sinvergüenza!

SR. TEPÁN.—Sí, pero luego, para desquitarnos, nos comimos la vaca. (*Ríen.*)

ZAPO.—(A ZEPO.) Pues, desde luego se quitarían el hambre...

SR. TEPÁN.—¡Salud! (*Beben.*)

SRA. TEPÁN.—(A ZEPO.) Y en la trinchera, ¿qué hace usted para distraerse?

ZEPO.—Yo para distraerme, lo que hago es pasarme el tiempo haciendo flores de trapo. Me aburro mucho.

SRA. TEPÁN.—¿Y qué hace usted con las flores?

ZEPO.—Antes se las enviaba a mi novia. Pero un día me dijo que ya había llenado el invernadero y la bodega de flores de trapo y que si no me molestaba que le enviara otra cosa, que ya no sabía qué hacer con tanta flor.

SRA. TEPÁN.—¿Y qué hizo usted?

ZEPO.—Intenté aprender a hacer otra cosa, pero no pude. Así que seguí haciendo flores de trapo para pasar el tiempo.

SRA. TEPÁN.—¿Y las tira?

ZEPO.—No. Ahora les he encontrado una buena utilidad: doy una flor para cada compañero que muere. Así ya sé que por muchas que haga, nunca daré abasto.

SR. TEPÁN.—Pues ha encontrado una buena solución.

ZEPO.—(*Tímido.*) Sí.

ZAPO.—Pues yo me distraigo haciendo jerseys.

SRA. TEPÁN.—Pero, oiga, ¿es que todos los soldados se aburren tanto como usted?

ZEPO.—Eso depende de lo que hagan para divertirse.

ZAPO.—En mi lado ocurre lo mismo.

SR. TEPÁN.—Pues entonces podemos hacer una cosa: parar la guerra.

ZEPO.—¿Cómo?

SR. TEPÁN.—Pues muy sencillo. Tú le dices a todos los soldados de nuestro ejército que los soldados enemigos no quieren hacer la guerra, y usted le dice lo mismo a sus amigos. Y cada uno se vuelve a su casa.

ZAPO.—¡Formidable!

SRA. TEPÁN.—Y así podrá usted terminar de arreglar la plancha eléctrica.

ZAPO.—¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes una idea tan buena para terminar con este lío de la guerra?

SRA. TEPÁN.—Estas ideas solo las puede tener tu padre. No olvides que es universitario y filatélico.

ZEPO.—Oiga, pero si paramos así la guerra, ¿qué va a pasar con los generales y los cabos?

SRA. TEPÁN.—Les daremos unas panoplias para que se queden tranquilos.

ZEPO.—Muy buena idea.

SR. TEPÁN.—¿Veis qué fácil? Ya está todo arreglado.

ZEPO.—Tendremos un éxito formidable.

ZAPO.—Qué contentos se van a poner mis amigos.

SRA. TEPÁN.—¿Qué os parece si para celebrarlo bailamos el pasodoble de antes?

ZEPO.—Muy bien.

ZAPO.—Sí, pon el disco, mamá.

*La SRA. TEPÁN pone un disco. Expectación. No se oye nada.*

SRA. TEPÁN.—(Va al gramófono.) ¡Ah!, es que me había confundido. En vez de poner un disco, había puesto una boina.

*Pone el disco. Suena un pasodoble. Bailan, llenos de alegría, ZAPO con ZEPO y la SRA. TEPÁN con su marido. Suena el teléfono de campaña. Ninguno de los cuatro lo oye. Siguen, muy animados, bailando. El teléfono suena otra vez. Continúa el baile. Comienza de nuevo la batalla con gran ruido de bombazos, tiros y ametralladoras. Ellos no se dan cuenta de nada y continúan bailando alegremente. Una ráfaga de ametralladora los siega a los cuatro. Caen al suelo, muertos. Sin duda una bala ha rozado el gramófono: el disco repite y repite, sin salir del mismo surco. Se oye durante un rato el disco rayado, que continuará hasta el final de la obra. Entran, por la izquierda, los dos camilleros. Llevan una camilla vacía. Inmediatamente cae el*

TELÓN